

Más allá de la antinomia entre lo singular y lo colectivo. Una aproximación a partir de P. Bourdieu y C. Castoriadis.

Germán Rosso.

Cita:

Germán Rosso (2019). *Más allá de la antinomia entre lo singular y lo colectivo. Una aproximación a partir de P. Bourdieu y C. Castoriadis. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/583>

**Más allá de la antinomia entre lo singular y lo colectivo.
Una aproximación a partir de P. Bourdieu y C. Castoriadis**

Autor: Germán Rosso

Eje 6: Cultura, Significación, Comunicación, Identidades

Mesa 98: Intercambios simbólicos y luchas políticas. Tensiones entre la dominación y la transformación en las subjetividades contemporáneas

Institución de pertenencia: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Buenos Aires, Argentina.

E-mail: ger.rosso@hotmail.com

Resumen:

El establecimiento de vínculos antagónicos entre conceptos a través de dicotomías atraviesa toda la historia de la producción de conocimientos occidental. En este marco, las disciplinas sociales y humanísticas se han visto tensionadas desde su surgimiento por diversas antinomias, entre las cuales se destacan particularmente la oposición entre sujeto y objeto, por una parte, y entre individuo y sociedad, por otra. Uno de los puntos en los que, aún en su diversidad, convergen las nuevas perspectivas epistemológicas de las Ciencias Sociales es en la crítica a tales polaridades. El presente trabajo se propone recuperar los aportes en esta dirección de dos autores a primera vista distantes entre sí: Pierre Bourdieu y Cornelius Castoriadis. El relacionismo metodológico del primero y la perspectiva sobre la socialización del segundo ofrecen conceptos desde los cuales pueden desarticularse los mencionados antagonismos. Mientras que Bourdieu establece una relación de codeterminación entre el *habitus* y el campo, Castoriadis propone una ontología según la cual psique y sociedad entablan un «modo de coexistencia único» caracterizado por ser «indisociable» e «irreductible». Esto lleva considerar el lugar estratégico que podría ocupar la noción de «transacción» en el desarrollo de una comprensión no reduccionista del vínculo entre lo singular y lo colectivo.

Palabras clave: epistemología – Ciencias Sociales – subjetividad – Bourdieu – Castoriadis

Introducción¹

El establecimiento de vínculos antagónicos a través de antinomias (tales como ideal-material, alma-cuerpo, objetivo-subjetivo, público-privado, etc.) atraviesa toda la historia de la producción de conocimientos occidental. Tal como sostiene Gastón Bachelard, pareciera que “los obstáculos a la cultura científica se presenta siempre por pares” (2004: 23). Estas oposiciones habitualmente se encuentran articuladas en lógicas binarias jerarquizantes, que suponen la valoración de uno de sus términos por encima del otro (Fernández, 2007: 51). En este marco, las disciplinas sociales se han encontrado tensionadas desde su surgimiento por diversas antinomias, entre las que se destacan particularmente la oposición entre sujeto y objeto, por una parte, y entre individuo y sociedad, por otra. Aunque estos problemas fueron heredados de tradiciones filosóficas preexistentes, su centralidad para las ciencias sociales se deriva de los efectos metodológicos y epistemológicos que ha tenido la opción por uno u otro de sus términos. De aquí el surgimiento y contraposición entre objetivismo y subjetivismo, estructuralismo y fenomenología, holismo e individualismo, entre otras corrientes. Sin embargo, uno de los puntos en los que, aún en su diversidad, convergen las nuevas perspectivas epistemológicas de las ciencias sociales es en la crítica a estas polaridades. El presente trabajo se propone recuperar los aportes en esta dirección de dos autores a primera vista distantes entre sí: Pierre Bourdieu y Cornelius Castoriadis. El relacionismo metodológico del primero y la perspectiva sobre la socialización del segundo ofrecen conceptos desde los cuales resulta posible desarticular los mencionados antagonismos.

En una primera parte se recuperará el origen de estas oposiciones en la historia de la filosofía moderna. Tras revisar los efectos epistemológicos de estas antinomias en el campo de las investigaciones sociales, se presentará lo que Philippe Corcuff (2014) denomina como «programa relacionista», en tanto vía a través de la cual las nuevas perspectivas sociológicas intentan dislocar las antinomias constitutivas de su disciplina. En este marco, se profundizarán en las propuestas de Bourdieu y Castoriadis para superar estos problemas epistemológicos. Mientras que el primero establece una relación de codeterminación entre el *habitus* y el campo, el segundo propone una ontología según la cual psique y sociedad entablan un «modo de coexistencia único» caracterizado por ser «indisociable» e «irreductible». Se culmina recuperando el lugar estratégico que podría ocupar la noción de «transacción» en el desarrollo de una comprensión no reduccionista del vínculo entre lo singular y lo colectivo.

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación CONICET “La construcción de las adhesiones políticas a Cambiemos en los sectores populares: una indagación sobre la producción de la subjetividad en la agrupación ‘La 24’ de Villa 20, Lugano” (Beca Interna Doctoral 2018), dirigido por la Dra. Ana María Fernández (Facultad de Psicología - UBA) y el Dr. Sergio Tonkonoff (IIGG, Facultad de Ciencias Sociales - UBA). El marco teórico de esta investigación articula elementos de la teoría disposicional de Pierre Bourdieu y de la perspectiva sobre la socialización de Cornelius Castoriadis.

La problemática herencia de la filosofía moderna en las ciencias sociales

Uno de los binarismos que hunde sus raíces con mayor claridad en las tradiciones filosóficas preexistentes es la oposición entre las nociones de sujeto y objeto. Las características que adquiere esta tensión en las ciencias sociales son herederas de los problemas establecidos por la filosofía moderna.² Esta época fue inaugurada por las reflexiones de René Descartes, quien se propuso asentar los cimientos del edificio del conocimiento verdadero sobre la «indubitable» evidencia de la existencia del sujeto como pensamiento puro. Pero su énfasis excesivo en el carácter autónomo, autofundado y autoconstituyente del sujeto de pensamiento lleva al solipsismo. Al momento de desarrollar su duda metódica, Descartes por momentos pareciera solamente confiar en su propia existencia como ser pensante, desestimando así la realidad de cualquier otra cosa, tanto pensante como extensa. Se instala así la pregunta de si el mundo es un mero juego de ideas mentales o si la realidad, en tanto independiente del pensamiento, se hace presente a la mente por algún medio. Es justamente a esta cuestión a la que apunta la reacción del empirismo. David Hume buscará establecer el fundamento del conocimiento ya no en el pensamiento puro, sino en la experiencia. De aquí que la posición empirista sostenga que todas las ideas tienen su origen en las impresiones sensibles, desestimando hasta cierto punto el lugar del sujeto en la constitución del conocimiento. En lo sucesivo, este problema filosófico adquiriría diversas formas, siempre tensionando cuánto del conocimiento y la constitución del mundo corresponde al sujeto, a su conciencia o a su pensamiento, y cuánto al denominado “objeto”, como realidad que lo sobrepasa e incluso existe independientemente.

La apropiación sociológica de esta tensión lleva, según Pierre Bourdieu (1999: 247-248), a una división en el seno de las ciencias sociales entre dos modos de conocimiento: el objetivismo, como una «física social» que supone la existencia de un «mundo social en sí», pasible de ser tratado como una cosa, y el subjetivismo, como una «fenomenología social» para la que el mundo social no es más que la suma de las representaciones y voluntades de los agentes. Mientras que el subjetivismo se centra en la “descripción de lo que caracteriza como propio de la experiencia ‘vivida’ del mundo social”, el objetivismo apunta a “establecer regularidades objetivas (estructuras, leyes, sistemas de relaciones, etc.), independientes de las conciencias y de las voluntades individuales” (Bourdieu, 2007: 44). Tal como destaca Wacquant (2014: 26) y se desarrollará a continuación, la propuesta conceptual y metodológica de Bourdieu se centró en buena medida en disolver estas oposiciones e incluir los aportes de ambas corrientes en un horizonte común de investigación sociológica.

² La principal característica que distingue a la “época moderna” al interior de la historia de la filosofía es el desdibujamiento de la impronta religiosa que hasta entonces imperaba en la reflexión filosófica, para colocar en su lugar, como fundamento de la búsqueda de la verdad, a la razón. En este cambio confluyen, por supuesto, diferentes procesos históricos, como la reforma protestante, el nacimiento de la ciencia moderna, y toda una serie de transformaciones políticas que culminaron en la Revolución francesa.

La antinomia entre sujeto y objeto se encuentra íntimamente relacionada con otro de los principales pares conceptuales sobre los que se funda el campo de investigaciones sociales: la oposición entre individuo y sociedad. En el marco de su revisión de las principales corrientes contemporáneas de la sociología, Philippe Corcuff (2014) señala que tal dicotomía llegó a adoptar la forma de una polaridad metodológica entre holismo e individualismo. El afianzamiento del primero surge del movimiento por el cual Émile Durkheim inaugura la sociología, al establecer su objeto en oposición a lo individual como campo de indagación pertinente a la psicología. De este modo, al mismo tiempo que definía a lo social como una realidad con características propias e independientes que trascienden el dominio de los individuos, fijaba una regla metodológica según la cual las causas de los hechos sociales debían encontrarse en los hechos sociales previos y no en los estados de conciencia individuales. De aquí su caracterización como holismo: el “todo” (en este caso, la sociedad) no puede verse reducido a las “partes” que lo componen (los individuos). La primacía de esta tesis en la consolidación de la sociología como disciplina también suscitó reacciones y contraposiciones que apuntaron a reivindicar la preocupación por las motivaciones y estados de conciencia de los individuos involucrados en los fenómenos sociales. El principio metodológico derivado de este individualismo supone, en contraposición al anterior, concebir que el orden colectivo no es más que el simple resultado de una sumatoria de actividades singulares.

En contraposición a estas soluciones metodológicas, Corcuff (2014) destaca el surgimiento de distintas nociones sociológicas que, enmarcadas en lo que él denomina como “relacionalismo metodológico”, proporcionan recursos para dislocar las antinomias heredadas de la filosofía. El relacionalismo permite pensar la codeterminación y coproducción del todo y de las partes al asumir a las *relaciones sociales* como entidades centrales para la sociología (Corcuff, 2014: 26-27).³ Para ello, los programas relacionistas suelen servirse de algunos elementos provenientes del léxico constructivista, entre los cuales se destaca el reconocimiento de que las realidades sociales son construcciones históricas y a su vez cotidianas (Corcuff, 2014: 29-30). Esto supone que la *historicidad* se despliega simultáneamente en dos planos: como *historicidad objetivada* y como *historicidad interiorizada*. En tanto mundo objetivado, la realidad está compuesta por las palabras, objetos, normas e instituciones de las que, en tanto orden sedimentado y preexistente, se sirven los individuos y los grupos en su accionar. En un sentido similar, Marx refiere a las condiciones de existencia como un sedimento histórico producido por la incesante actividad social: son el «resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior» (1974: 47). Pero además de servir como apoyo, este orden

³ El relacionalismo considera que las formas colectivas y los actores individuales son cristalizaciones de las relaciones sociales, por lo cual ocupan un lugar secundario en sus indagaciones.

objetivado posee un efecto condicionante, a tal punto que Marx llega a afirmar que «la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos» (2014: 103). Al mismo tiempo, las realidades se encarnan en mundos subjetivos e interiorizados. Siguiendo a Marx, esta idea puede encontrarse contenida en el prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política*, donde plantea, en discusión con la filosofía idealista, que “no es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, por el contrario, [que] el ser social es lo que determina su conciencia” (2014: 200). La fundamental inversión realizada por Marx permite pensar que la subjetividad es una forma históricamente determinada, y que se corresponde con el mundo social objetivado de relaciones de producción. El relacionismo recupera esta óptica, aunque relativizando el énfasis determinista que el marxismo más ortodoxo establece entre las condiciones materiales de existencia y las formas de subjetividad. Las múltiples condiciones y experiencias atravesadas por los actores en el curso del proceso de socialización se sedimentan como una historia subjetiva conformada por una pluralidad de formas de sensibilidad, percepción, afectividad y representación. Esta historia nunca se encuentra completamente cerrada al surgimiento de nuevas configuraciones, así como también puede ejercer efectos sobre la historia objetivada. Esta última es la principal zona de interés de las perspectivas sociológicas que indagan en la capacidad de *agencia* de los actores.

El relacionismo metodológico de P. Bourdieu: el vínculo de codeterminación entre el *habitus* y el campo

Entre los múltiples referentes contemporáneos involucrados en el programa del relacionismo se destaca la figura de Bourdieu.⁴ Esto se debe a la enorme influencia que sus reformulaciones conceptuales y epistemológicas han ejercido sobre el actual estado de las ciencias sociales. En el centro de su propuesta se hallan dos nociones que no pueden ser comprendidas fuera de una perspectiva relacional: la de campo y la de *habitus*. Mientras que la primera comprende que la realidad social consiste en un conjunto de relaciones objetivadas entre distintas posiciones en virtud de determinados procesos históricos que explican su génesis, la segunda es entendida como un principio generador y organizador de prácticas y representaciones que es el resultado de la incorporación de las relaciones sociales bajo la forma de esquemas de percepción, valoración, pensamiento y acción (Bourdieu, 2007). Tal como destaca Wacquant, no sólo cada uno de estos conceptos es, por sí mismo, relacional; adicionalmente, cada cual «funciona enteramente *sólo uno en relación con el otro*» (2014: 44). En contraposición a perspectivas como la de Althusser, donde

⁴ Aunque la formulación de este programa en términos de relacionismo resulta reciente, Corcuff (2014: 27-28) y Wacquant (2014: 41) coinciden al señalar que sus raíces se remontan hasta autores tan clásicos para la sociología como Marx, Durkheim y Weber, entre muchos otros.

la estructura es un conjunto de «lugares vacíos» y el sujeto, por lo tanto, no es más que el soporte de ciertas funciones «requeridas por los diferentes niveles de la estructura social» (1996: 120), Bourdieu comprende al campo como un *espacio de juego*, lo cual supone que, para que el juego exista, sus participantes *crean* en el mismo y se *interesen* por competir en él. Bourdieu (2007, 1999, 1997) da cuenta de esta condición a través de la noción de *illusio*, como forma de creencia en el valor del juego del campo. De allí que esta categoría venga a reemplazar a la de «interés», y sea también equivalente a la de «*libido*» o «inversión» –o incluso, a la de «inversión». La *illusio* supone una «adhesión indiscutida, prerreflexiva, ingenua» a los presupuestos del juego social, tácita en la medida en que no necesita ser afirmada como tal (Bourdieu, 2007).

El carácter tácito de esta creencia se sostiene gracias a una relación de «complicidad ontológica» entre los esquemas de acción, apreciación y percepción incorporados por los sujetos (*habitus*) y las estructuras que organizan el campo social en cuestión (Bourdieu, 1997). Dicho en los términos tradicionales de filosofía, esto significa que lo subjetivo (el *habitus*) es producto de lo objetivo (el campo), al mismo tiempo que lo objetivo sólo puede perdurar –o *reproducirse*, como diría el Bourdieu de *La distinción*– a través de lo subjetivo. En este punto puede identificarse un particular modo de apropiación de la noción marxista de *praxis*, como conjunto de acciones a través de las cuales los hombres producen su realidad histórica a la vez que se producen a sí mismos. En síntesis, esta relación circular entre el *habitus*, que es producido por la inmersión en el campo, y el campo, que se sostiene como tal en la medida en que los actores se encuentran (pre)dispuestos a participar en su juego, tantas veces leída en clave determinista y reproductivista, da cuenta de la codeterminación y la coproducción entre el todo (campo y estructura social) y las partes (subjetividades).

Sin embargo, parte de las críticas al enfoque de Bourdieu coinciden en destacar la falta de atención sobre los procesos constitutivos de las disposiciones del *habitus* (Lahire, 2004, 2005; Boltanski, 2005; Martín Criado, 2013). El propio Bourdieu (1999, 1997) poseía conciencia de este problema, y en su obra más tardía reconoce que es necesario profundizar en el análisis de las condiciones de génesis del *habitus*. Para iniciar este movimiento se valió de categorías del psicoanálisis de Freud para introducir la idea de un *habitus* primario de carácter afectivo, constituido en el ámbito doméstico –como espacio de las primeras inversiones pulsionales– cuya lógica posteriormente se integra a la del campo social y el *habitus* específico, en lo que podría pensarse como una dinámica transaccional entre subjetividad y sentido social:

«los agentes sacan partido de las posibilidades que ofrece un campo para expresar o saciar sus pulsiones, sus deseos (...) [y] los campos utilizan los impulsos de los agentes para

obligarlos a someterse o sublimarse a fin de plegarse a sus estructuras» (Bourdieu, 1999: 218).

Con la inclusión de estas categorías se podría analizar a las relaciones sociales como «formaciones de compromiso» que –en el sentido de Freud– son sostenidas simultáneamente por las exigencias libidinales y las reglas de funcionamiento de los campos. Es en este contexto que «la sociología y el psicoanálisis deberían aunar esfuerzos (...) a fin de analizar la génesis de la inversión en un campo de relaciones sociales» (Bourdieu, 1999: 219). El propio Bourdieu (1999: 219) avanza en esta dirección con la consideración de una matriz constitutiva de la subjetividad ligada a la «búsqueda de reconocimiento» como «uno de los motores que figurarán en el origen de todas las inversiones» en el juego social. No obstante, Bourdieu no profundiza en el modo en que esta matriz se desenvolvería en el desarrollo concreto de las disposiciones subjetivas, quedándose en el terreno de los enunciados generales. Tampoco aclara cómo se articularían las categorías psicoanalíticas con las de su propia sociología en la comprensión de los procesos sociales. Más allá de la constatación de la introducción de estas categorías en el pensamiento de Bourdieu (Baranger, 2004), se dispone de pocos trabajos que exploren sus implicancias (Ferme *et al.*, 2018).

La perspectiva sobre la socialización de C. Castoriadis: de la oposición entre individuo y sociedad al vínculo «indisociable» e «irreductible» entre lo singular y lo colectivo

Quien desde el pensamiento social, la filosofía y el psicoanálisis ha avanzado en una dirección similar al respecto de estos problemas es Cornelius Castoriadis. No resulta casual que dos de las referencias filosóficas que Corcuff (2014) reconoce como centrales en la elaboración del programa relacionista –Vicent Descombes desde su reformulación del holismo metodológico y Jean-Pierre Dupuy desde su individualismo metodológico de la complejidad– atribuyan una gran influencia sobre su pensamiento a la obra de Castoriadis. Parte de la fecundidad de sus ideas reside en las herramientas que ofrece para desarticular el tradicional antagonismo en las ciencias sociales y humanas entre lo singular y lo colectivo. Para empezar, Castoriadis realiza un desplazamiento respecto de la tradicional polaridad entre individuo y sociedad para redefinirla en términos de una distinción entre psique y sociedad.⁵ Este posicionamiento, sin embargo, no le lleva a fundar una distancia insalvable o restablecer un antagonismo entre ambas dimensiones. Antes bien, entre psique y sociedad se establece un «modo de coexistencia único» (Castoriadis, 1998c: 194). Por lo tanto, Castoriadis en cierto modo niega la plena separación entre estos dos órdenes en el mismo

⁵ Para Castoriadis, el individuo ya es una de las instituciones de la sociedad, o mejor, un “fragmento ambulante de la institución de la sociedad” (2001: 116), por lo cual no tiene sentido oponerlos entre sí como instancias diferenciadas.

movimiento a través del cual la formula, en la medida en que la relación entre ambas es descrita como «indisociable» e «irreductible» (2013: 487-494; 1998a: 41; 1998c: 194; 2008: 87; 2008: 184). De esta proposición puede extraerse una serie de observaciones de orden epistemológico que resultan fundamentales para comprender la perspectiva del autor.

Al sostener que la relación entre la psique y la sociedad es «irreductible», Castoriadis apunta a destacar que cada una de estas dimensiones posee una especificidad propia. Pero esta especificidad no se deriva, tal como establece la tradición durkheimiana, de la división disciplinar entre sociología y psicología; la distinción entre ambas, por el contrario, se inscribe en la ontología misma.⁶ Esto significa que cada cual posee legalidades, lógicas y modos de funcionamiento específicos que no resultan ni extrapolables ni reducibles entre sí. Tal como destaca Fernando Urribarri, psicoanalista y discípulo del mencionado autor, “no puede ser que la misma categoría opere sin mediaciones para explicar fenómenos tan distintos como el psiquismo y lo social. El pensamiento de Castoriadis, en ese sentido, tiene interés por los dos órdenes de problemas, pero poniendo a trabajar la especificidad de los tipos de causalidad, de procesos, de objetos y sujetos específicos que se dan en el dominio de lo psíquico, y de los colectivos humanos y lo histórico-social, tanto de manera diferencial como articulada” (Stavisky, 2016: 236). Aquí puede verse cierta utilidad “analítica” del postulado de la irreductibilidad: aun cuando se reflexione sobre la articulación entre la dimensión psíquica y la social, debe mantenerse cierta *vigilancia epistemológica* que impida extrapolaciones arbitrarias e ilegítimas de categorías, conceptos y explicaciones de un nivel hacia otro.

La «indisociabilidad» en la relación entre la sociedad y la psique refiere a la imposibilidad de pensar por separado cualquiera de esas instancias. Esto resulta claro en la perspectiva de Castoriadis sobre el proceso de socialización, en donde detalla el modo en que la psique ingresa al mundo de instituciones y significaciones sociales. En este contexto, el autor sostiene que la psique es «irreductible a lo social-histórico, pero formable por éste casi ilimitadamente a condición de que la institución satisfaga algunos requisitos mínimos de la psique. El principal entre todos: nutrir a la psique de *sentido diurno*» (2008: 87). La indisociabilidad, por tanto, consiste en cierta necesidad mutua: la sociedad requiere moldear a la psique de una manera adecuada para su integración al orden colectivo, mientras que la psique requiere y exige que la sociedad la provea de sentido a través de sus significaciones imaginarias. En consecuencia, la sociedad podrá moldear la «plasticidad casi ilimitada de la psiquis» para así lograr formar individuos dispuestos a reasumir sus instituciones e

⁶ Aunque no se profundizará en esta cuestión, cabe señalar que Castoriadis (1998b; 2004) establece tres características pertinentes a todo *para sí*: autofinalidad, creación de un mundo propio y autocentramiento. En base a ellas propone distinguir cuatro niveles ontológicos: lo viviente, lo psíquico, el individuo social y la sociedad. Otros dos niveles del *para sí* existen en carácter de proyecto: la subjetividad humana y la sociedad autónoma.

interiorizar sus sentidos, pero la subjetividad impondrá, como condición de posibilidad para que esto suceda, su necesidad ineludible de ser provista de sentido (Castoriadis, 2008). Por lo tanto, aquí también se establece una relación de íntima codeterminación entre las “partes” y el “todo”.

Al igual que otras perspectivas involucradas en el programa relacionista, Castoriadis recupera elementos del lenguaje constructivista, esto se evidencia particularmente en su modo de abordar el proceso de socialización:

«El proceso de la institución social del individuo, es decir, de la socialización de la psique, es indisociablemente el de una psicogénesis o *idiogénesis* [*idios*: privado, propio, singular], y al mismo tiempo el de una sociogénesis o *koinogénesis* [*koinos*: común, compartido]. Es una historia de la psique a lo largo de la cual esta se altera y se abre al mundo histórico-social también a través de su propio trabajo y su propia creatividad; y una historia de imposición de un modo de ser que la sociedad realiza sobre la psique y que esta última jamás podría hacer surgir a partir de sí misma y que fabrica-crea el individuo social. El final común de estas dos historias es la emergencia del individuo social como coexistencia, siempre imposible y siempre realizada, de un mundo privado (*kosmos idios*) y de un mundo común o público (*kosmos koinos*)» (Castoriadis, 2013: 469).

Tensionado por la psicogénesis y la sociogénesis, lo que emerge de la socialización no puede ser enteramente atribuido ni a la senda de la psique ni a la senda de la sociedad. Considerar cualquiera de estos órdenes por separado redundaría en un reduccionismo. En consecuencia, desde esta perspectiva *toda historia de la sociedad supone cierta historia del sujeto*, en el mismo sentido en el que Corcuff (2014: 29) afirma que la realidad social como producción histórica es simultáneamente *objetivada e interiorizada*. El proceso de psicogénesis es considerado como una historia, pero a escala singular, por la cual sucesivamente emergerán diferentes estratos, registros, instancias y procesos psíquicos que se conglomeran en la subjetividad. Sin embargo, no se debe suponer que esta historia subjetiva siga siempre y en todas partes el mismo camino, como algunas teorías psicoanalíticas sostienen. Tal como afirma Castoriadis, «la historia psíquica (...) está codeterminada por la socialización en su consistencia específica» (2004: 92). Desde aquí podría pensarse la relación con propuestas como la de Bourdieu acerca del *habitus* primario. Subjetividad singular y realidad colectiva, de esta manera, se muestran como una coproducción de las dimensiones psíquica y social, y resultan incomprensibles por fuera de su interrelación.

Consideraciones finales: la «transacción» como *relación* o *compromiso* entre la historia objetivada y la historia interiorizada

El recorrido realizado permitió demostrar que tanto Castoriadis como Bourdieu ofrecen elementos conceptuales para superar dos de las antinomias que han atravesado a las disciplinas sociales desde su concepción: la oposición entre sujeto y objeto, por un lado, y entre individuo y sociedad, por otro. Cada cual da cuenta del peculiar modo por el que lo singular y lo colectivo se codeterminan y coproducen. Para Castoriadis, psique y sociedad guardan una relación «indisociable» e «irreductible», en lo que merece ser reconocido como un «modo de coexistencia único». Bourdieu, en tanto, establece una relación de reciprocidad entre las nociones de campo y *habitus*, cuya coincidencia en ocasiones puede originar un efecto de «complicidad ontológica» entre las estructuras del primero y los esquemas del segundo.

Tanto el interés de Castoriadis por indagar el vínculo entre la dimensión psíquica y la dimensión social en los procesos de socialización como el énfasis del último Bourdieu en pensar la génesis del *habitus* como una articulación entre la lógica libidinal y las dinámicas sociales parecerían confluir en un programa de investigación social que recupere elementos de la teoría psicoanalítica para pensar la producción de la subjetividad singular y de la realidad colectiva. Es aquí donde encuentra su sentido la propuesta de Bourdieu (1999) de «aunar esfuerzos» con el psicoanálisis. Retomando sus sugerencias, este proyecto podría abrir al estudio de los fenómenos sociales como «formaciones de compromiso» o «transacciones».⁷ Esta noción, sin embargo, requiere de algunas modificaciones respecto del sentido que Freud le otorgó originariamente. Lo que más interesa es la idea según la cual por medio de una «formación» logran satisfacerse simultáneamente dos exigencias. En el caso de Freud, éstas son el deseo inconsciente y las exigencias defensivas del Yo. Utilizando esta formulación para explotar al máximo el postulado de la indisociabilidad propuesto por Castoriadis, se puede pensar en el modo en que la exigencia de sentido de la psique y las necesidades de la sociedad también conforman compromisos. Nociones como las de «modelo identificatorio» y «contrato narcisista» permiten comprender la transacción entre subjetividad y valoración colectiva implicada en estos procesos (Castoriadis, 2013; Aulagnier, 2010). De modo similar a lo planteado por Bourdieu (1999), la búsqueda del reconocimiento y la valoración del otro aparece como el motor subjetivo que sostiene la investidura del juego de los campos sociales. Con esto, lo que se intenta resaltar, y en cierto sentido transponer respecto de los planteos de Freud, es que incluso en los casos de socialización “exitosamente lograda” las lógicas propias de la psique siguen operando

⁷ En el *Diccionario de Psicoanálisis* de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1993) figura la entrada “Formación de compromiso o transaccional”. El término «transacción» es utilizado sobre todo en la traducción de López-Ballesteros de las obras completas de Freud.

en la subjetividad y entablando diferentes transacciones con las prácticas sociales. Desde esta serie de postulados se deriva la idea de que no sólo deberán ser considerados como formaciones de compromiso los síntomas de las diversas afecciones psíquicas que se abordan en la clínica psicoanalítica: la vida entera de los individuos socializados es sintomática, sólo que existen compromisos que se adecúan de distintos modos a las imposiciones de la institución de la sociedad. Así, «transacción» o «compromiso» son nociones desde las cuales se puede pensar, en el marco del programa relacionalista, el vínculo entre la dimensión de lo singular (las partes) y la dimensión de lo colectivo (el todo) en la producción de la realidad y la subjetividad.

Bibliografía

- Althusser, L. (1996). Tres notas sobre la teoría de los discursos - 1966. En *Escritos sobre psicoanálisis. Freud y Lacan*. México: Siglo XXI.
- Aulagnier, P. (2010). *La Violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Bs. As.: Amorrortu.
- Bachelard, G. (2004). *La formación del espíritu científico*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Baranger, D. (2004). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Bs. As.: Prometeo.
- Boltanski, L. (2005). Usos fuertes y débiles del habitus. En P. Encrevé y R.-M. Lagrave (Eds.), *Trabajar con Bourdieu* (pp. 169-176). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1998a). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Bs. As.: Eudeba.
- Castoriadis, C. (1998b). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Bs. As.: Nueva Visión.
- Castoriadis, C. (1998c). *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable*. Bs. As.: Fondo de Cultura Económica.

- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y Verdad en el mundo histórico social*. Bs. As.: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata: Terramar.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Bs. As.: Tusquets.
- Corcuff, P. (2014). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Ferme, F., Mariscal, C., López, N., Couzo, D., Castro, M. y Rosso, G. (2018). Sobre la constitución de la subjetividad: coexistencia de los sentidos, la afectividad y la reflexión. En H. Lewin, N. Dallorso y M. Di Virgilio (Coords.), *Recorridos en investigación II* (pp. 299-306). Bs. As.: Fac. Cs. Soc., UBA.
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Bs. As.: Biblos
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Lahire, B. (2005). De la teoría del habitus a una sociología psicológica. En B. Lahire (Dir.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Deudas y críticas* (pp. 143-179). Bs. As.: Siglo XXI.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Martín Criado, E. (2013). Cabilia: la problemática génesis del concepto de habitus. *Revista Mexicana de Sociología*, 75, 125-151.
- Marx, K. (1974). *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos.
- Marx, K. (2014). Contribución a la crítica de la economía política. En *Antología*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Stavisky, S. (2016). “Sin deseo revolucionario, no hay práctica revolucionaria”. Entrevista a Fernando Urribarri. *Revista Diferencia(s)*, 2 (2), 235-247.
- Wacquant, L. (2014). Hacia una praxeología social: la estructura y la lógica de la sociología de Bourdieu. En P. Bourdieu y L. Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva*. Bs. As.: Siglo XXI.